

LA PARTICIPACION DEL SER

I. HACIA LA VERDADERA NOCION DE LA PARTICIPACION

1. Qué es participación

Notables estudios en este último tiempo, sobre todo los de C. Fabro, han puesto en evidencia toda la trascendencia que el estudio de la participación posee no sólo para una más honda comprensión de la doctrina de Santo Tomás, sino también para una más profunda visión de la Metafísica, sobre todo para penetrar mejor el tema del Acto puro de Ser de Dios, como fundamento de todo otro ser en su esencia y en su acto de ser o existir.

Participar significa tener parte o recibir algo de otro ser. Implica siempre tres términos: el Ser imparticipado, de quien procede el ser o perfección; el ser participado, que recibe o tiene parte de ese ser o perfección; y finalmente el ser o perfección misma, que procede del Ser imparticipado y es recibido en el ser participado.

Si de la participación del ser se trata, el Ser imparticipado tiene que ser o existir por sí mismo, ser el mismo Ser o Acto puro de Ser o Existir, que por su noción, es infinito, único y necesario.

En cambio, el ser participado no es el ser, sino que lo recibe de él en su propia medida y, por eso, es finito y, por ser tal, puede multiplicarse y diversificarse; y es también contingente, pues no tiene de sí el ser, sino que lo recibe gratuitamente pudiéndolo no recibir.

El ser participado es siempre compuesto de un sujeto que recibe —la esencia— y de un acto de ser recibido. De aquí que la participación nunca se realiza en el Acto puro de Ser —que es esencialmente imparticipado— sino en el de tal ser, en el de una esencia o capacidad de ser, y en el acto de ser que la actualiza o hace ser.

2. El descubrimiento de la participación por Platón

A Platón cabe el mérito de haber descubierto esta verdad metafísica de la participación. Supo ver él con claridad que todo lo imperfecto supone y es por participación de lo perfecto, que ninguna perfección limitada puede ser sino por la perfección ilimitada; que lo múltiple supone y es por lo uno, que las cosas buenas suponen y son por la bondad, las cosas verdaderas por la verdad

y las cosas bellas por la belleza. En una palabra, Platón comprendió que todo este mundo finito y contingente que nos rodea no es ni puede ser por sí mismo, sino que se funda y es participado de otra realidad imparticipada, que es por sí misma y, por eso mismo, infinita y necesaria.

3. Lo que no vio Platón

Pero Platón no llegó a descubrir el modo preciso como se realiza la participación del ser, porque no supo ubicar y ver bien en qué consiste el problema mismo de la participación. Y en esta falta de visión de la esencia de la participación, de la participabilidad, tienen su origen varios errores graves, concatenados entre sí, que vamos a señalar.

a) Primer error de Platón

Platón no distinguió entre las perfecciones trascendentales, propias e identificadas con el ser en cuanto ser, y las perfecciones predicamentales de las esencias del Ser.

Las primeras, por su concepto mismo, no encierran imperfección, aunque puedan existir en grado limitado e imperfecto. Así, el ser, la unidad, la verdad, la bondad y la belleza son nociones identificadas con el ser y, de por sí, no encierran imperfección, bien que puedan existir y de hecho existan en grado imperfecto y limitado en tales o cuales seres, es decir, realizadas en perfecciones predicamentales.

Utro tanto sucede con las nociones de inteligencia y voluntad o amor, identificadas, en los grados supremos o espirituales del ser, respectivamente, con la verdad y la bondad.

Estas perfecciones pueden existir en grado ilimitado, formalmente como tales, pues no encierran imperfección alguna. No hay ninguna contradicción ni dificultad en que exista el Ser, la Bondad, la Verdad y la Belleza infinita.

Pero no sólo es posible que existan, sino que deben existir necesariamente en ese grado infinito. Porque la existencia de los seres, verdades, bondades, bellezas, en grado finito, indican que ellos no son el Ser, Verdad, Bondad y Belleza por sí mismos, ya que de ser tales, serían infinitos y necesarios; sino que su existencia finita y contingente sólo es posible, en última instancia, por participación del Ser, Verdad, Bondad y Belleza imparticipadas.

Por otra parte, estas perfecciones puras se identifican con el ser y, por eso, son trascendentales. La unidad no es sino el ser no dividido o distinto de sí mismo; la verdad es el ser en cuanto inteligible u objeto de la inteligencia; la bondad es el ser en cuanto apetecible u objeto de la voluntad; y la belleza es el ser en cuanto gozosamente contemplado por la inteligencia.

De ahí que los seres, verdades, bondades y bellezas limitadas y como tales participadas, se funden y sean por participación de un único Ser imparticipado que es Acto puro de Ser, identificado con la Verdad, Bondad y Belleza imparticipadas. Los seres participados implican y son por participación de un Ser imparticipado que es por sí mismo o divino. Sin este Ser, ningún otro ser, bondad, y belleza podrían existir en grado limitado.

En cambio, las perfecciones predicamentales incluyen imperfección en su misma noción o esencia. Cuerpo, animal, hombre, blanco, extenso y otras perfecciones similares, son nociones de tales seres o esencias, esencialmente limitadas por su mismo concepto. La limitación pertenece a su misma esencia.

Por eso estas perfecciones predicamentales no pueden existir en grado imparticipado e infinito, pues siempre son tales esencias finitas y, por eso mismo, participadas. Por eso, las perfecciones predicamentales no pueden ni deben existir en grado imparticipado, formalmente tal, sino que sólo pueden existir en grado participado.

Por otra parte, estas perfecciones predicamentales no pueden identificarse, pues por su misma noción se excluyen entre sí. Un hombre no puede ser una piedra, un perro no puede ser un canario, lo blanco no puede ser negro. Las perfecciones predicamentales son, pues, esencialmente finitas y, por eso, esencialmente participadas y por su misma noción, no identificadas entre sí.

b) Segundo error de Platón

Al no distinguir entre ambos tipos de perfecciones: puras o trascendentales, e impuras o predicamentales, esencialmente imperfectas, Platón llevó a ambas al grado imparticipado. Y así colocó en este plano no sólo el ser, la verdad, la bondad y la belleza —y la inteligencia y el amor—, sino también el hombre el caballo y todas las perfecciones predicamentales: el hombre en sí, el caballo en sí, etc.

Y al no poderlas identificar por su propia noción, multiplicó Platón el Ser imparticipado en innumerables esencias imparticipadas: sus célebres ideas o Esencias en sí. Las ideas platónicas son la división y multiplicación de un único Ser imparticipado —Dios—, en el que se ha introducido la imperfección de las perfecciones predicamentales.

Por no haber distinguido ambos tipos de perfección, trascendentales y predicamentales, Platón fue conducido lógicamente a este segundo error, el de llevar al grado imparticipado las perfecciones predicamentales, que por su misma noción de tales seres o esencias finitas, no pueden existir sino en grado participado. En efecto, las perfecciones predicamentales si fueran llevadas al grado imparticipado, serían el Acto de Ser o Existir, y dejarían de ser tales perfecciones, perderían la esencial imperfección —que las hace predicamentales—, incompatible con el Ser imparticipado e infinito.

Estas perfecciones son por participación real, pero no de perfecciones predicamentales imparticipadas —lo cual, según lo dicho, es absurdo e imposible—, sino de las únicas Perfecciones que pueden y deben existir en grado imparticipado, y que son las trascendentales, identificadas en este grado imparticipado, con el Ser en sí, Acto puro de Ser Infinito y único que es Dios. Las perfecciones predicamentales no existen formalmente o como tales en grado imparticipado en Dios, sino sólo de un modo eminente, es decir, que toda su perfección está en Dios, en el Ser imparticipado, sin su esencial y constitutiva imperfección. (También el Panteísmo comete este mismo error, al identificar las perfecciones predicamentales propias del ser participado creado, con el Ser imparticipado de Dios).

c) Tercer error de Platón

Intimamente unido a los dos anteriores, Platón comete un tercer error: el de identificar la participación lógica con la real. En efecto, las perfecciones trascendentales en grado participado e imperfecto son por participación real de las mismas en grado imparticipado, identificadas con el Ser en sí.

En cambio, las perfecciones predicamentales son por participación lógica o puramente mental de las mismas en grado imparticipado. Porque hemos dicho que las mismas no pueden ser realmente en grado imparticipado. Sólo se las concibe en grado imparticipado en la mente, por abstracción de sus notas individuantes concretas. Así cuando se dice que "Juan es hombre" o que "el perro es animal", se trata de una participación lógica: una participación del concepto abstracto de hombre o de animal, respectivamente, que no existe en la realidad —como quería Platón— sino sólo en una idea de la inteligencia: hombre y animal son concebidos en la mente en estado imparticipado de puro hombre o animal, por participación del concepto de los cuales, "Juan es hombre" y "el perro es animal".

d) Cuarto error de Platón

El último error de Platón, fundamento de todos los anteriores, es el no haber distinguido entre esencia y acto de ser o existencia, el haber confundido tal ser con el ser. De allí la confusión de los dos tipos de perfecciones, trascendentales y predicamentales y los otros dos errores consiguientes a éste, que acabamos de señalar.

Platón no llegó a de-velar la participación del ser como ser, del acto de ser; y la confundió con una participación de tales esencias. Las ideas son las Esencias imparticipadas, y los seres del mundo, esencias participadas de aquéllas. La participación del ser, que confiere actualidad o realidad a los entes, quedó oculta a los ojos de Platón.

4. La participación en Santo Tomás

Ningún filósofo griego había llegado a descubrir con claridad la noción de participación. Todos ellos no trascendieron el plano de la participación de la esencia. El mismo Aristóteles, que dio explicación cabal del cambio y la multiplicidad de los seres por el acto y la potencia, se detuvo, sin embargo, en el acto y potencia de la esencia: en la materia primera y la forma substancial, y en la materia segunda y la forma accidental. La materia participa de su acto que es la forma. No llegó a descubrir la potencia y el acto del ser en cuanto ser, la esencia y el acto de ser.

A Santo Tomás le estaba reservada la ubicación de la participación en su verdadero lugar: en el ser en cuanto ser. Para llegar a este descubrimiento, lo ayudaron dos grandes verdades de la revelación cristiana: la creación del mundo desde la nada —verdad filosófica también, pero ignorada por la filosofía pagana—, y la existencia de espíritus o formas puras finitas sin materia: los ángeles. En efecto, la creación es conferir el ser desde la nada, lo cual equivale a la participación del ser en cuanto ser, en dar el ser a tal ser o esencia.

La existencia de los ángeles, espíritus o formas puras sin materia, creados y finitos, planteaba el problema de su limitación, que, en seres enteramente inmateriales, no podía provenir de la materia, como en los seres corpóreos; sino de una composición más profunda de potencia y acto, que es la esencia y acto de ser o existencia. Los ángeles son formas puras e ilimitadas en su acto esencial —y por eso no determinables individualmente por la materia, no multiplicables dentro de la misma especie— pero que no son sino que reciben de un modo contingente y en la medida finita de sus notas esenciales, el acto de ser. Los ángeles no son el Acto puro de ser, no son el Ser imparticipado, porque su esencia no es, sino que participa y tiene el acto de ser.

La creación y la existencia de los espíritus finitos sólo podían explicarse por la composición de esencia y acto de ser; que Santo Tomás va a descubrir como la esencia constitutiva de la participación, como la participabilidad misma.

El ser participado está constituido, pues, por la composición real de esencia y acto de ser o existencia —esse—. Un ser es participado porque no es sino que recibe su acto de ser —esse—. La esencia metafísica o constitutiva de la participación, la participabilidad o creaturidad consiste en esta composición real de esencia y acto de ser.

La finitud y contingencia son propiedades esenciales, que emanan de esta raíz esencial del ser participado. En efecto, el ser participado es finito, porque posee el acto de ser en el grado limitado de su esencia: es tal ser. Y es contingente, porque la esencia no es el acto de ser, sino que lo tiene con indiferencia para poseerlo o no. La esencia no es ni incluye en sí misma el acto de ser; pues si el acto de ser fuera nota esencial debería estar incluido en su definición. Ahora bien, la esencia puede definirse —vg. hombre: animal racional—, sin que incluya su acto de ser, sin decir si existe o no realmente. Luego este acto de ser o existencia no puede provenir de la esencia, que no lo es ni lo tiene de sí, sino de otro ser que ya sea y, en última instancia de un Ser que no sea tal ser, no compuesto de esencia y acto de ser, sino del Ser por sí mismo o Acto puro de ser e imparticipado.

La participación cobra su cabal y preciso sentido desde el ser que nos es dado inmediatamente y que no es el acto de ser y que, por eso, es finito y contingente; y que al no poder darse a sí mismo el acto de ser, que de sí no es ni tiene, implica esencialmente y en última instancia, un Ser que no sea sino el Acto puro e imparticipado de Ser. Únicamente por este Ser en sí pueden llegar a ser, participar del ser los seres que no son sino que tienen finita y contingentemente el ser.

Del ser participado se llega así necesariamente al Ser imparticipado. Porque sin Ser que sólo es Ser, Acto puro de Ser, ningún ser finito y contingente, ninguna esencia que no es el acto de ser, podría llegar a ser. Sin este Ser en sí, sólo sería la nada absoluta¹. El Ser en sí, el Acto puro de ser imparticipado se presenta así necesaria y evidentemente exigido por el acto de ser o existen-

¹ Cfr. DERISI, OCTAVIO N., "Del ser participado al Ser Imparticipado", en la Revista *Doctor Communis*, Roma, octubre-diciembre de 1981.

cia de esencias, que de sí no son ni exigen tal acto de ser o existir, y que sin embargo lo poseen.

De esta Fuente de Ser imparticipado, que no es de nada más que Ser o Acto puro e infinito de Ser, es participe todo otro ente finito y contingente, compuesto esencialmente de esencia y de acto de ser. La participación es, por eso, la única explicación filosóficamente válida para dar razón de la existencia o acto de ser de los seres del mundo, incluso de nosotros mismos. La luz que los ilumina y da razón de su ser es el Acto puro de Ser imparticipado.

Todas las demás soluciones, al no llegar a la raíz metafísica del problema, en el mejor de los casos, como en el de Platón, se detienen en la explicación de las esencias, de tal ser, pero no del mismo ser. El mismo Aristóteles no trascendió el plano de la esencia, se detuvo en la materia y forma, como potencia y acto explicativos de la esencia.

Todos los seres mundanos son por participación de las perfecciones trascendentales y están constituidos a la vez por perfecciones predicamentales. Pero todo el ser mundano, finito y contingente es por participación real únicamente del Acto de Ser imparticipado, en quien están identificadas en grado infinito solamente las perfecciones trascendentales. Las perfecciones trascendentales del ser participado son por participación real formal del Acto puro de ser; mientras que las perfecciones predicamentales, las perfecciones de las esencias finitas, lo son participación real eminencial. Así los seres, verdades o bondades participadas son por participación real y formal del Ser, Verdad, y Bondad imparticipadas. En cambio los cuerpos, los colores y demás perfecciones predicamentales, son también por participación real del Ser imparticipado —y de las Perfecciones trascendentales con El identificadas—, pero no formal sino sólo eminencial, es decir, que tales perfecciones predicamentales están en el Ser imparticipado imparticipadamente pero sin su esencial limitación. Toda la perfección del cuerpo es por participación del Ser en sí imparticipado, que, sin ser cuerpo —si no sería limitado y participado— posee toda la perfección del cuerpo sin su esencial limitación corporal. Y esa manera de estar y participar las perfecciones predicamentales en el Ser en sí imparticipado, es precisamente lo que se llama participación eminencial. En definitiva, en el Ser imparticipado sólo hay perfecciones trascendentales, con El identificadas, las cuales por su misma infinitud, sin incluir formalmente las perfecciones predicamentales, esencialmente finitas, poseen cuanto en éstas hay de perfección, sin su esencial o constitutiva imperfección.

Brevemente, todo ser mundano es participado del Ser imparticipado, en quien está toda perfección trascendental formal e infinitamente, y toda perfección predicamental eminencial e infinitamente. Y de ese único Ser imparticipado salen por participación real ambos tipos de perfecciones del Ser participado: las trascendentales del acto de ser, y las predicamentales de la esencia.

Por eso, en los próximos artículos vamos a tratar de la participación de la esencia y de la participación del acto de ser —constitutivos del ser participado— desde el Acto puro e imparticipado de ser.